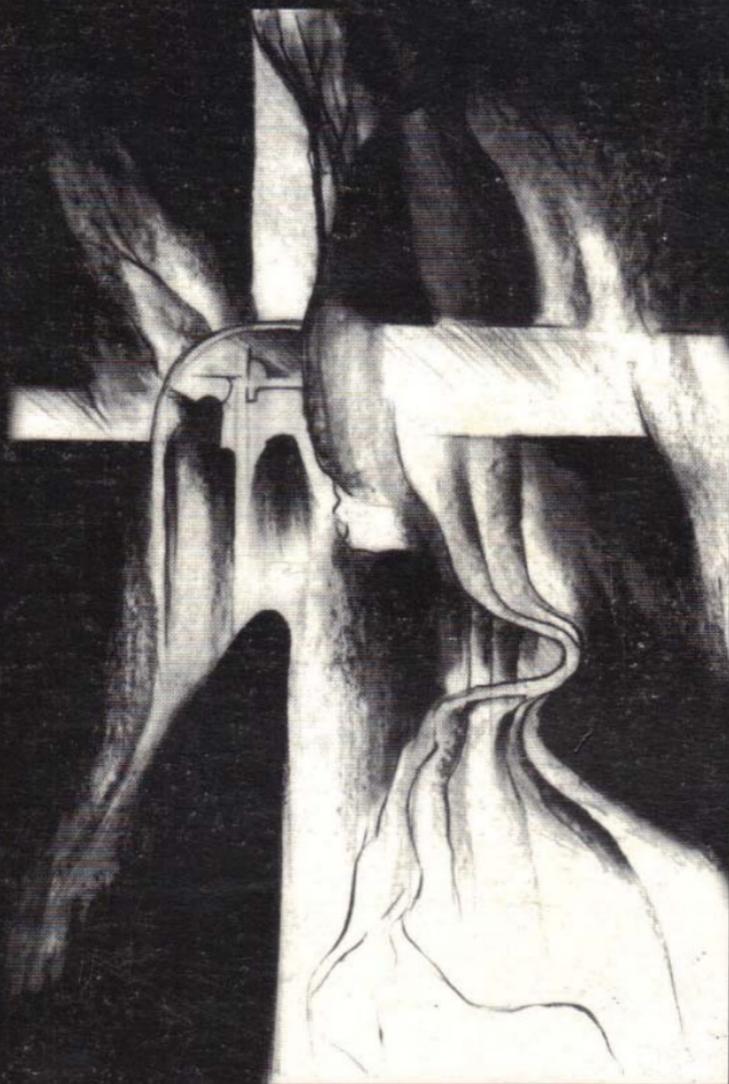


ESPADA DE PIEDRA



Manuel Arce Arenales

Editores  Alambique

**Este trabajo está licenciado bajo Creative Commons Atribución
Uso no-comercial-Vedada la creación de obras derivadas. 3.0
Unported License.**

Para mayor información sobre la licencia que protege esta obra, ir a:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



ESPADA DE PIEDRA

Edición QUIJONGO

ESPADA DE PIEDRA

manuel arce arenales

editores  alambique

863.44

A668-1 Arce Arenales Manuel, 1949 —
Espada de piedra / Manuel Arce Arenales
—1.ed.— San José, C.R.:Editores Alambique, 1999.
58 págs.; 22 x 14 cms.—
(Colección Quijongo #5).

ISBN 9968-9871-5-8

1. Narrativa costarricense 1. Título

Editores Alambique es un proyecto civil, autogestionario y sin fines de lucro. Participamos con esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas: el verdadero artista todo lo saca de su corazón.

El arte no establece ni afince, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: Late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.

Diseño de portada y dibujo de portada por Manrique Páez, diagramación, corrección (de estilo y filológica), edición (técnica y literaria), realizados por el Consejo Editorial de Editores Alambique. Edición: Manuel Arce, Manrique Páez, Gerardo Cerdas y Jorge Arturo.

Hecho el depósito de ley. Reservados todos los derechos.

ISBN 9968-9871-5-8

© Editores Alambique, San José, Costa Rica, 1999.

© Manuel Arce Arenales

Prohibida la utilización para cualquier fin, así como la reproducción total o parcial de este libro, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio mecánico, electrónico u otro, sin la expresa autorización de Editores Alambique. Impreso en Costa Rica • Printed in Costa Rica.

I

Sentado sobre el mármol imagino montañas, recojo las semblanzas del día, aquieto tu silueta contra el misterio. Tiene miedo mi daga re recordar lo que hace falta, las horas resquebrajadas sobre el patio, las hojas que arrastraba el viento. Pero una astilla tenue insiste en agujiar mi corazón, trae tu perfume entre las avenidas del pasado, tu suave camino, las luces que acuchillaban la noche como la súplica de los ausentes.

II

Veo por la ojiva de la ventana el encalado cegador, las láminas de oro que guiñan entre los domos. Bajo mi mano el pergamino se extiende como el desierto, como la arena incontable que recorrí para medir los años. Mi imaginación se confunde con el recuerdo, la gota que resbala con el verdor de las hojas a la húmeda piedra. No sé si pasó, o si los demonios del sueño tejieron las imágenes mientras dormía.

III

El aire reseco raspa mis dientes. Pronto vendrá la guardia del rey, los pasillos retumbaran con el eco de sus botas. Acomodo mi yarmulke con diáfana indiferencia, y de nuevo irrumpe en mi mente un azul desmedido, enneblinado a veces, otras tejido por el sol. Mi espada descansa contra el muro, recubierto de años. Es el bordón de mi vejez, como fue condón del agua en mi infancia, y después la hoja mágica que producía transparencias en el espejo de líneas que no mentía. Pero la fórmula de los años no trae hoy sabiduría, y la ecuación de los algebristas solo repite el mismo número, que siempre es cero.

IV

Aguardo en la antesala mientras mi pensamiento se sumerge. Las incontables noches se repiten como las gotas del rocío, una sola mañana me acompaña. En el lago del corazón nada una duda diminuta, una demencia frágil toca al cristal de mis ventanas. Viene a mi mente un mendigo endurecido por la supervivencia, una costra de vida que se arrastraba por el universo de sus tres callejones. Lo recuerdo babeando, guijarros de lúcida conciencia en el fondo de sus cuencas, detrás de los velos de la neblina distractora, de la bruma amaestrada para espolear la compasión. Rememoro de nuevo el filo que le cercenó la cabeza, las gotas de sangre que mordieron las puntas de mi camisa.

V

Esa repujada puerta guarda silencio. Su intrincada talla se repite, simétrica como los azares de la guerra. Veo de nuevo mi ejército, de nuevo recorro los nevados senderos de piedra, los pasos por la montaña, la caliente satisfacción de la sorpresa, el acelerado triunfo de la pica. Los gritos de los moribundos me vuelven a confundir, procuro escapar en una barca de rectitudes aprendidas, naufrago en el mar de mi corazón. Quiero descanso, los ojos verdes de mis hijas, una tarde que desciende pausadamente, una noche estática bajo el frío de la luz. Pero quien hizo la guerra vive en guerra, y mis segundos cantan la marcha del tambor.

VI

¡Qué noble es el silencio de la piedra! El nuestro guarda una máscara de corazón obscuro, una sorda impaciencia por dejarse ver. Un general es un señor de hombres, un semidiós obtuso como un cencerro, o un muñeco hilvanado sobre la vida por la duda. Tanta muerte de día abarata la existencia, tanta angustia desoída se acumula sobre el viento, se pierde como un quejido en la tormenta y solo vuelve a vivir como ahora, en las visitas al pasado de los viejos.

VII

Mi padre me hizo prometer el odio. Un vendaval de agujas encendidas se azotaba en mi garganta, una promesa de sangre amarga se asomaba a mi boca, de noche, cuando la luna aumentaba el espacio y los cubos de cal multiplicaban la luz, una plegaria tal vez perdida sobre los adoquines, delgada contra el hambre de la arena.

VIII

Una palmera o dos. Un encaje de sombras, un anticipo del mar como barca de millones de años que remonta la obscuridad. El vacío que siento es infinito, pero en él no caben, ahora, las dos miradas que me diste cuando me iba por primera vez. Un cuchillo de sal, otro de arena.

IX

Teníamos hambre. Nos habíamos perdido en la selva, el peligro agujoneaba nuestro placer. Uno de mis guardias mató una mona, que cayó como una fruta de hierro con la flecha atravesada. Aferado a ella un monito gritaba entre el afán y el miedo. Nos miraba poseído por el terror, intentaba restañar la herida de su madre con hojas, la movía, le suplicaba que se levantara para huir de nosotros. Ese día no comimos, y los sonidos nocturnos tejieron sobre la indiferencia de la vida una diminuta canción fúnebre.

X

Patinando sobre la espada. En un lago cósmico y repentino. El pueblo brilla, condensado y pequeño, hacia lo lejos. Hay una certeza de incertidumbres, una música arrepentida, un prefigurar de piernas. El hielo tiene la consistencia de la distancia, esa palabra que había jurado no volver a usar jamás. El filo tiene la consistencia de la luz, y me pregunto si todavía sigo siendo yo o si la inquietud de la espera me ha transformado, sin yo saberlo, en una imitación perfecta de mí mismo.

XI

-*Tú tienes el corazón de fieltro* -le dijo el escorpión a la culebra. Yo me quedé mirándolos.

XII

Un corazón de alfiletero, un corazón de agujas. Una imagen constante del futuro, una desdibujada imagen del pasado. Un paso hacia adelante, una oculta mirada. Un preguntarse por la razón del sexo, un contar descuidado, una cifra ambiciosa de las respiraciones.

XIII

Las nubes se deshilachan, abajo hay constelaciones de arena, más allá el agua le da formas infinitas a la vida. Debajo se aproxima la noche, un enjambre de joyas vivas hace una disección de la oscuridad. Los sueños de los hombres son una espiral visible, los sueños de las mujeres se desenroscan, una serpiente que devora galaxias sin saberlo. Soy un temblor alado, la partícula más breve de la conciencia, el filo que distingue la nada de las cosas. En este momento mínimo soy inmortal.

XIV

El rostro de los guardias parece no tener vida. Tiene la forma de la eternidad. El testigo adecuado de mi espera, de la última consulta que hace el rey con su corazón. Pero bien sabe él la respuesta de antemano, como la sabía yo hace ya varios días, como la conoce la opaca luz en la mirada ciega de los soldados. ¿Qué pensarán? ¿Podrán recordar acaso el crujir de unas vigas bajo el viento? Posiblemente recuerden, con pereza, alguna carne de mujer bajo la mano, alguna piel sin la angustia del sentimiento, algún sexo levemente rancio. Recordarán sin duda las manos de su madre, y los olores que brotan de la cocina de su infancia. Pero dudo que hayan contemplado alguna vez flores de luz resquebrajadas flotando a la deriva bajo las palmas. Dudo que hayan adivinado una mano de mujer en el sólido perfume del aire. A pesar de su vida, la muerte los tomará por sorpresa.

XV

Recuerdo que esa noche lloré toda la noche apretando los dientes. Las mandíbulas me dolían como le duelen a la presa la trampa de acero. Al principio sentía el fluir caliente que se ahogaba en la arena todavía tibia. Después el frío parecía brotar de la tierra, y sobre las mejillas sentía tan solo huellas de glaciación. El sol fue una mano de fuego que vaticinaba el hambre de batalla, el ardor furioso del encuentro, el acecho de la muerte roja. Me levante como un caballo de hierro, agité la pelambre, restregué los pies con impaciencia. Pasé revista y oteé el horizonte; los planes y estrategias habían sido establecidos con anticipación y con cuidado. Ordené al primer portaestandarte que me siguiera, y envuelto por un silencio mortal di la orden de ataque. Concentradas; mis falanges avanzaban con el orden implacable del tiempo; el enemigo intentaba encontrar en su gritería valor y consuelo. Tú imagen se presentó de nuevo, y como ya no tenía lágrimas ya no pude llorar.

XVI

Tres príncipes adornaban con sus cabezas la entrada de mi tienda. Una de ellas tenía que ser enderezada constantemente, amenazaba con rodar desde la altura de su pica. Yo me fingía indiferente cada vez que entraba o que salía. La tarde era gris, el viento, terrible, levantaba polvo sobre el campo de los muertos, ya olvidado. De pronto me asalta la idea de que, sin importar la grandeza que se me otorga, llegará el día cuando nadie sepa donde yacen mis huesos, y en algún momento mi nombre no será sino una secuencia de sonidos, o tal vez un misterioso arreglo de símbolos sobre una piedra. Y valdrá más la piedra que mi memoria.

XVII

No sé por qué te quise tanto. Tu rostro se desdibuja con cada minuto que pasa, la tibieza de tu alma se me torna pequeña. Trato de encontrar una razón que tenga mayor sangre que la memoria de tu cuerpo, rítmico bajo el mío. Trato de vislumbrar un suave pensamiento compartido, alguna compasión conjunta, algún asombro común ante la experiencia de estar vivo. Pero solo logro recordar cómo te montaba sobre la arena, frente a la espuma, bajo los gritos melancólicos de las gaviotas.

XVIII

De nuevo saboreo la espera. Es la sustancia de mi agonía, pues mi muerte será rápida y piadosa. Mis hijos están muy lejos, mis amores solo viven en el pasado. El aire se ha vuelto pesado, los guardias deben esforzarse para sostener los párpados. Pero un agua dulce y fría fluye a través de mi pecho. A sus orillas los árboles se extienden majestuosos, yo bajo los ojos para distinguir mi imagen. Ensimismado, el rostro de mi juventud no devuelve la mirada.

XIX

No llegaban refuerzos, ni vituallas, ni pertrechos, ni dinero. Sabía que mi mensajero había logrado cruzar los bloqueos del enemigo, el concilio de los grandes había recibido mi urgente demanda. La tierra no daba para más, los despojos eran insuficientes, los mercenarios reclamaban su paga. Desde esta espera, me hundo en aquélla. Los días se arrastraban empujando las noches, como ahora se arrastran los minutos que empujan mis latidos con su chata cabeza. Con la victoria al alcance de la mano, pudo más la envidia que el instinto de supervivencia. *Crecerá mucho*, decían, *¿Quién detendrá su poderío? Se hará dueño del mundo*. Así sellaron su suerte. ¿Qué habrán pensado cuando el oro que ofrecían como rescate de la vida de sus hijos les era arrebatado entre risotadas? ¿Cómo clamaron cuando las botas de los invasores arrastraron la arena, sucia de sangre, al interior de los templos? ¿Qué últimas sensaciones habrán tenido mientras el enemigo desmontaba la ciudad piedra por piedra y salaba los campos? En un tránsito igual, yo tengo respuesta para estas preguntas.

XX

Algún día creí que mi segundo al mando era también mi amigo. Su sonrisa metálica parecía desdecirse conmigo, sus oscuros rizos a menudo alumbraron sobre los pergaminos en donde se dibujaban las batallas. En el campo era un soldado, feroz y flemático a la vez. Siempre con una palabra oportuna, siempre reposado y de sencilla palabra. Mis enemigos fueron sus enemigos, en alguna ocasión lo creí ver contemplando el crepúsculo. La última vez que lo vi hacía sangrar sus labios entre los propios dientes, concentrado en no regalarle gritos y menos aún gemidos al torturador. Tú lo mirabas con la compasión que retuercen la impotencia y el terror, pero suficiente castigo fue que te sorprendiera con él. Para esta pregunta no tengo, verdaderamente, todavía respuesta.

XXI

Estoy cansado. Unos versos me señalan, pareciera, desde otras vidas. Nadábamos en un estanque que reflejaba todo el cielo. El sol se adentraba en el mar, los pájaros nos saludaban. Tú tenías la sombra delicada, entonces, el rostro limpio por la vida nueva, ennoblecido por el sufrimiento superado. Yo llevaba una carga apenas perceptible, pero de una densidad tal que me arrastró al infierno. Esa noche hicimos el amor entre satines rojos, y las estrellas horadaron lo oscuro como furiosos cuchillos.

XXII

Todos los músicos eran ciegos. Uno babeaba, poseído, volviendo los blancos retorcidos hacia arriba, tal vez pidiendo perdón, quizá reclamándole al infierno un castigo mayor. Los otros se comunicaban consigo mismos, se desdoblaban, eran por un instante dueños del universo. Los cortesanos seguían conspirando, los sirvientes renovaban su vocación de sombras, el rey se revolcaba en el aburrimiento. Solamente yo veía a los hacedores de música, ellos que no podían verme pero que hicieron, aquella noche, la más ardiente de las amantes. Solo para mí.

XXIII

La vida se mide por la cercanía de la muerte. Por eso en la infancia es tan intensa y parece tan breve. Por eso en la juventud parece eterna y se acaba en cada instante. Por eso en la madurez se paladea como un vino nuevo. Por eso ahora no me parece ni breve ni eterna, y pesa sobre mi cuello como un grano de arena. Como el grano de arena que descansa en el centro del universo.

XXIV

Tu piel morena cubre las montañas. Tus ojos le dan luz a las mañanas. Tus pechos son, en verdad, como cabras recién nacidas. El aire de esa primavera es igualmente fresco ahora. El recuerdo no le ha quitado nada.

XXV

La niñez no tiene remedio. Queda para siempre, como las cicatrices. Como las cicatrices, a veces olvidamos su causa y casi siempre olvidamos su presencia. Pero para los demás son evidentes, y a veces por eso esconden los ojos, presos de una oscura y desconocida vergüenza.

XXVI

Enfriaban el vino con nieve traída de las montañas. En hombres de paso ligero, porque la ruta era demasiado empinada para las cabalgaduras. Las mujeres lucían sus uñas largas, los poetas eran mercaderes de esencias. Los mercaderes cantaban la gloria del oro, los príncipes se impacientaban en todo. Esa vida, esta vida, me parece tan lejana como los peces que contemplé alguna vez por el fondo transparente de las embarcaciones. Y tan cercana.

XXVII

¿Sentirán compasión por mí los guardias? ¿Sentirán miedo?
¿Sabrán que la vida apenas tiene tiempo para preguntas?

XXVIII

Amanecía. Un solo pájaro saludaba a la luz, presa del asombro. Yo había pasado la noche en vela y contemplaba el río. Nosotros nos parecíamos haber heredado el universo. ¿Nadie puede morir por uno? Nadie puede vivir por uno.

XXIX

Camino como la luz cuando anochece, como el último de un pueblo que se extingue. Camino como quien sabe que su lengua no se volverá a hablar jamás. Camino como una fiera perseguida. En esta soledad asumida, en esta obscuridad tan personal, preservo mi dignidad como al fuego, y me rescato.

XXX

¿Estás aquí? Me toco el pecho y creo verte. ¿Estás aquí? El tiempo se afila lentamente, a la memoria vienen solo los olores. Tu mano huele a miel y a canela, de pronto siento tu palma en mi mejilla. No veo nada. No oigo nada. Pero percibo la sierra de tu presencia y me niego a llorar.

XXXI

Algo ha cambiado. Los guardias mueven los ojos. Escucho un sonido como de restrillar las hojas detrás de las labradas puertas. La intuición es la verdad percibida, la demostración innecesaria. La intuición es la fatalidad de lo cierto, el día prometido en el presente. Y ahora yo, señor de hombres, contemplo la cercanía de mi muerte.

XXXII

Siempre viví día por día. Nunca dejé mi vida para después. Por eso la muerte no me asusta, aunque no me sea del todo indiferente. Contemplo el aire, hago el saludo de la luz. Agradezco cada minuto que viene, el futuro no me encuentra de rodillas. Y en todo caso, no necesito vivir más.

XXXIII

En el filo que separa la vida de la muerte, en la sombra que divide el día de la noche, en la luz que esconde el secreto de la obscuridad, en el silencio que enseña la palabra. En el sonido del mar.

XXXIV

El mendigo no merece perdón porque no ha cometido crimen alguno. Quien siempre agacha la cabeza tiene miedo, quien promete sin conocer su corazón es hermano de la mentira. Por eso, desde muy joven, prefería ser malo a ser indiferente, ser indiferente a ser complaciente, ser complaciente a ser cruel. Ahora espero, en la antesala del rey, el anuncio de mi muerte. Llevo tan solo mis vestiduras, y la espada que permite portar la honestidad.

XXXV

¿Cuán lejos quedan los momentos amables? ¿Cuán cerca? No lo sabremos nunca, ni en el momento preciso de la última respiración. Pero están cercanos, quedan cercanos, tiernos e invisibles como los acolchados contactos de la infancia. Permanecen como guaridas ocultas, como secretos que permiten esconderse de los recuerdos feroces, aquéllos que nos persiguen como lobos famélicos y hacen restallar sus dientes en el silencio del invierno. Las tardes bajo los naranjos discutiendo sobre lo indiscutible que es Dios. Las tardes violáceas en que pensamos acerca de los nombres de Dios. La suave compañía de los amigos buenos, la caricia infinita de las mujeres más sencillas, la luz de una sola estrella ante la inevitable herida de la ausencia.

XXXVI

¿Qué es este espacio que habito? ¿Cuál es el signo de mi respiración? Mi corazón es una caverna, peces relampagueantes lo habitan. Un agua impredecible le da alimento a las palmeras, el mar es un sueño perceptible. Los volcanes son el símbolo del pasado, la vida se yergue infinita, contenida en el espacio de lo posible. Los dioses han vertido su esperanza, bebo de manantiales escondidos, escribo sobre la arena. En un sonido indescifrable se esconde, ahora, el secreto de mis palpitaciones y la semblanza de la luz.

XXXVII

En todo corazón hay un hueco. Por ahí se cuelan las mañanas, y los momentos cuando observábamos las aves que vuelan sobre el mar. En todo corazón hay un hueco por donde se despeña toda el agua, y en donde una serpiente enorme se enrosca alrededor del día y amenaza con devorar la noche. En todo corazón hay un amanecer diminuto, una hora pequeña de la obscuridad, un silbido tranquilo del viento.

XXXVIII

No tenía ofrenda: por eso te ofrecí mis manos. Para que las comieras, para que te alimentaras de mí. No supiste entenderme y me dejaste libre, compañero de las abejas asesinas, de las tormentas de otoño, de la nieve ciega e implacable. Llegada la primavera me entierro, y la luna me da de beber.

XXXIX

Lentamente subían. Peregrinos de piedra, detenidos para agitar el aire con la respiración. Subían la colina del sublime descarnado, hacia las rocas que revisan la planicie desde su cumbre. Fatigado, sudoroso bajo el yelmo, veía la luz reverberar y quise olvidarme de mí mismo. Pero solo quién está libre del futuro puede librarse del pasado. Mis soldados acomodaban el campamento, su disciplina configuraba el espacio. Vi mis botas entre el polvo, y casi sin intención ceñí la espada y seguí caminando.

XL

¡Qué pequeño es el mundo! Su infinito refulge en la punta de mi espada. ¿Cómo iba yo a saber, entonces, que el espacio tiene límites? Solo sabía que los límites definen un espacio. ¿Cómo iba yo a saber, entonces, que el espacio es un punto? Desde donde toda dirección es posible. Que hay desiertos de hielo, y lo que significa cabalgar a donde quiera la cabalgadura. La sensación de que el aire no puede agotarse, la sombra blanca que arrojan las montañas sobre el horizonte. La hermandad con la tierra, la ilusión de haberse olvidado de sí mismo.

XLI

En esa pintura veo nueve caras. Todas son la mía, todas son las de todos. Bajo su casco dibujan estrellas de dolor, la alegría de ver la mariposa, el pan que sale por la madrugada. El estridente grito de las mujeres que inicia a la guerra, la fiebre de sangre que se olvida del día y de la noche, que desperdicia el universo al ritmo de los tambores. Los pasos de los bravos, hambrientos de gloria y de botín. En esas caras distingo también la fruta del amor. El rito de la circuncisión, el juramento de la hermandad, la promesa sagrada del matrimonio. Y la presencia de la traición, de las furias mínimas que hacen imposible la vida. Una coloración de silencios, la aguda pica del arrepentimiento.

XLII

El deseo hierve. Lo que no hierve no puede ser deseo. La sangre hierve. Lo que no hierve no puede ser la sangre. Pero la sangre no es deseo.

XLIII

Tengo sed. Cántaros con serpientes estallan en mi garganta. Me recuesto en el recuerdo de un vino fresco. Vuelven a mí las ciudades encaladas, la memoria difusa de la arena. La arena es como el mar. La sal es su substancia. El sabor intenso del dolor.

XLIV

El hombre más fuerte parece ante la mujer más débil. ¿Debemos entonces separarnos de nosotros mismos? ¿Tendremos que seguir fingiendo que noche y obscuridad son lo mismo? Tengo sesenta y cuatro años. Como si tuviera ninguno. ¿Quién me ofrece una respuesta? ¿Quién rescata mi sed?

XLV

Un hombre con una pala es un cazador de misterios. Una mujer y un niño son un misterio. Una mano vacía tiene la vida entera. Una mano ocupada es la vida. Una espada es una mano, una mujer, un niño. Mejor la pala, que no necesita vaina.

XLVI

He sido juzgado ya. Mi leyenda es la sombra de un demonio. Siempre dormí en el suelo. Al frente de mis hombres, siempre desafié a la muerte. Un solo ojo me bastó para verla, pero todos mis planes, todas las razones santificadas por Dios, son como arena entre los puños. La victoria de mis enemigos es más vana. Más vana que agua en el cuenco de la mano. Nada es absoluto. La perfección de la máquina es su defecto.

XLVII

El rey no quiere verme. Pero tiene que verme. Es él quien espera, en este instante lo comprendo. Tranquilizado, me escondo a la sombra de las palmeras. La muerte es un vino dulce, pero caliente.

XLVIII

Siempre procuré dar un funeral honroso a mis contrincantes. Mi error fue no comprender que en la tierra no caben tantas tumbas. Debí haber reservado mi consideración para mis enemigos. Eso hubiera sido posible, porque solo tengo uno. Y mi tumba cabe bajo la más pequeña de tus uñas.

XLIX

¿Estaré enamorado de tu recuerdo? ¿De tu recuerdo o del mío?

L

Tu cabellera era una cascada de sangre. Mis dedos se enredan en una selva confusa, mis labios se pierden en un río sin límites. Mis pájaros saludan a tus árboles, y mis sombras se disponen, ansiosas y respetuosas a la vez, para recibir a tus palmeras. Mis bosques tiemblan bajo tus aguas, mis colibríes no soportan la luz.

LI

¿Cómo te consideras, hijo mío? ¿Cómo un corazón de asombro? Que no te asusten los días de furia, ni los pesados días de lluvia gris, ni las noches sin luna, ni el mar que retumba a lo lejos sin reflejar a las estrellas, ni los meses sin luz, ni los años sin tiempo, ni la muerte que se anticipa. Que no te asuste el hecho de estar vivo, ni la certeza de tener que seguir viviendo. Que no te asombre la espada que blandes, ni la cabeza que rueda entre tus pies. Que no te asuste ser gentil, ni la generosidad del vencido. Ni la palabra del sabio, ni las acciones del santo, ni la mariposa libre como el aire, ni el pajarillo que termina entre los dientes. Que no te asuste la injusticia de la vida, ni la pronta reparación de la muerte. Mantén un sano temor, hijo mío, de lo que puedes hacer a los demás.

LII

¿A quién dirijo estas palabras? Nadie puede escucharlas. Se las dirijo a quien las dijo, a quien me las repetirá, algún día, cuando esté sordo.

LIII

Más fácil que el amor es el odio. Más fuerte que el amor, el desamor. Más grande que todos juntos es el amor reencontrado, y más pequeña la soledad plena de todo.

LIV

Salomón. El rey, era sabio. De poca cosa sirve la sabiduría. Tontos hay como granos de arena. De poco sirve la estupidez. David, el rey, era valiente. ¡Qué poca cosa es la valentía! El mundo está lleno de cobardes. De nada sirve la cobardía. Cada profeta, en su momento, fue santo. ¿Cuál herida restaña su honestidad? El imperio se construye con la mentira. ¿Quién puede recordarlos todos? La crueldad está en los huesos, la compasión vive en la piel. ¿Ha cambiado el mundo acaso? ¿Ha cambiado el mundo acaso?

LV

Tengo fortuna porque tengo hijos. A todos los cambiaría por un amigo.

LVI

Estiro las piernas. Bostezo. Un guardia mira una mosca distraído.
¿Sabrá que lo estoy viendo?

LVII

El chambelán abre la puerta. Sus ojos hablan una mezcla de miedo y de piedad. Espero un rato, me levanto. Sin cruzar palabra, entramos al salón del trono. Su magnificencia solamente resalta la pequeñez del rey.

LVIII

-¿Qué puedo hacer? -me dice. *Tus enemigos son todopoderosos y exigen tu cabeza. Somos un reino pequeño, no puedo sacrificar a mi pueblo -duda un instante- por un invitado.*

-Solo Dios es todopoderoso -responde- pero su majestad no tiene razón alguna de preocuparse. *Le debe razones tan solo a su corazón. Que sus noches sean largas y silenciosas.*

Inclino la cabeza y me retiro.

LIX

Por fin estoy libre. Tener vida es tener término. Le envidio a los caballos su capacidad para resoplar, a sus perros su simple sexualidad. Dirijo los ojos hacia arriba y percibo una nube. Planicies y montañas, un mar remoto. Tu recuerdo se confunde con todo.

LX

El último camino es como el primero, el que nunca podemos recordar. Me esfuerzo por memorizar cada uno de estos pasos. En vano. Son tan imposibles de rememorar como los primeros. Ensancho entonces las narices, procuro dar acomodo al viento. Las hojas se mueven suavemente, los comerciantes no me ven. Entiendo que en lugar de preservar memorias debo vivir cada paso y dejarlo ir. Quisiera que mi villa estuviera tan lejos como el confín del universo.

LXI

A la orilla del camino, un mendigo escarba la basura. ¿Qué tesoros busca? Una bandada de pajarillos se abate contra un gato que se mueve, suave como la bruma, con un pichón entre los dientes. ¿Cuál vida procuran preservar? Dos guardias reales agitan sus penachos frente a una hermosa muchacha, el cántaro en un hombro hacia fuente. ¿A quién pretenden convencer? Doy gracias por mi libertad, sigo caminando. Es limitada, pero así lo quiero, ahora, también es eterna.

LXII

Ya veo los cipreses. Una de mis empleadas atiende los rosales. El sol se inclina sobre las palmas, dos estrellas apenas son visibles. Quiero ir más despacio, pero comprendo que eso ya no importa.

LXIII

Mi puerta. ¡Tantas puertas! De todas ellas, ésta es especial. No me volverá a ver entrar.

LXIV

Pinturas, esculturas, botellas de cuarzo con aire vetado por la luz. Mi sillón favorito. Mi gata hecha un ovillo. La chimenea que descansa, la suave ceniza fría.

LXV

Mi aposento es sencillo. La cama de un soldado. ¡Qué absurdo me resulta ahora el orgullo que sentía! La ventana me permite ver la cercanía de la noche. Te recuerdo al paso, y le doy gracias.

LXVI

Fue hecha en Egipto. Oro y cristal, la base de turquesas. Un perfume de cortesana siempre guarda veneno. Veo por última vez el horizonte, apuro el contenido. Poco a poco la luz de la luna se filtra hacia mi lecho. ¿Cuáles serán mis últimos pensamientos? La curiosidad, en este instante, es mi único consuelo.

LXVII

No tengo miedo. Eso me sorprende. El techo se desdibuja. ¡Tantos rostros! Tantos cuerpos mutilados, tantas mujeres convencidas de la eternidad, tantas mentiras soberbias, tantos animales esperando pacientemente su comida. Tantas plegarias desoídas, tantos niños buscando vida entre las piedras, tantos esclavos. Tantos reyes.

LXVIII

No sé cuál cuerpo me cobija. Oigo voces en el jardín. La furiosa escarcha que escapa de la boca de quienes vienen por mí. Vivo, sería un trofeo. Si suplico mi muerte seré menos que un animal frente al cazador. Sonríó para adentro. Estoy solo y por primera vez no me importa.

ÍNDICE

I.....	5
II.....	6
III.....	7
IV.....	8
V.....	9
VI.....	10
VII.....	11
VIII.....	12
IX.....	13
X.....	14
XI.....	15
XII.....	16
XIII.....	17
XIV.....	18
XV.....	19
XVI.....	20
XVII.....	21
XVIII.....	22
XIX.....	23
XX.....	24
XXI.....	25
XXII.....	26
XXIII.....	27
XXIV.....	28
XXV.....	29
XXVI.....	30
XXVII.....	31
XXVIII.....	32
XXIX.....	33
XXX.....	34
XXXI.....	35
XXXII.....	36
XXXIII.....	37
XXXIV.....	38

XXXV.....	39
XXXVI.....	40
XXXVII.....	41
XXXVIII.....	42
XXXIX.....	43
XL.....	44
XLI.....	45
XLII.....	46
XLIII.....	47
XLIV.....	48
XLV.....	49
XLVI.....	50
XLVII.....	51
XLVIII.....	52
XLIX.....	53
L.....	54
LI.....	55
LII.....	56
LIII.....	57
LIV.....	58
LV.....	59
LVI.....	60
LVII.....	61
LVIII.....	62
LIX.....	63
LX.....	64
LXI.....	65
LXII.....	66
LXIII.....	67
LXIV.....	68
LXV.....	69
LXVI.....	70
LXVII.....	71
LXVIII.....	72

Impreso en los talleres de
Mundo Gráfico
San José, Costa Rica
en el mes de febrero de 1999
su edición consta de 300 ejemplares
numerados y firmados por el autor

Manuel Arce Arenales (1949).

Costarricense nacido en Ciudad de Guatemala. En poesía ha publicado: *Luces de invierno* (1997) y *El Fondo de las luces* (1997); mantiene inéditos: *Contrafuertes de cal*, *Murciélagos de fuego*, *El Bodeguero*, *El Maquibucu*, *V* (poemario colectivo) y *Candelabro de arena*. En narrativa ha publicado la trilogía *La aguja azul de la memoria* (1993), *Leño florido* (1999), la cual culmina con la presente obra *Espada de piedra*; mantiene inédito *Colmillos confidenciales* (cuento). En teatro conserva inédita la obra *Fedra*.

Editores  Alambique

En Editores Alambique participamos de la poesía como propiciadores de esa mínima, pero suficiente cuota del sueño que afirma en el mundo la alegría de vivir. Para nosotros, al decir de los antiguos Nahuas, *el verdadero artista todo lo saca de su corazón*. El arte no establece ni afínca, no esclaviza ni deja en libertad, pues nadie nace esclavo en su mente, ni a nadie puede esclavizarse sin consentimiento de su corazón: late no en lo obtenido sino en el silencio, en la distancia, en la pregunta.